

¿QUE HA OCURRIDO EN HOLANDA?

FERMIN CEBOLLA

CIRCULA por Holanda esta síntesis socio-religiosa: El domingo, cada holandés acude a su Iglesia; el lunes se reúne en el sindicato de su confesión, y el martes, en el partido político de su confesión. Lee las publicaciones y escucha las emisoras de su confesión, hace deporte en un club de su confesión, envía a sus hijos a un colegio o a la Universidad de su confesión, y nueve de cada diez matrimonios se celebran entre gentes de la misma confesión. Se asegura que, incluso entre las familias desecristianizadas, todo adquiere una coloración confesional, un aire conservador y tradicional que llega incluso a que la mayor parte de los cristianos holandeses sientan un "santo horror" a cuanto semeje un conflicto, una división, cualquier asomo de lucha de clases.

En una sociedad así, conformada en un 40 por 100 por la confesión católica, ¿qué ha podido ocurrir para que tengan que reunirse en Roma, los obispos holandeses, "en busca de la unidad"? ¿Una más de las sorpresas que está deparando el pontificado de Juan Pablo II? Este sínodo sin precedentes es una de las tres modalidades previstas en el "Motu proprio" de Pablo VI de 1969, cuando restauraba la institución sinodal en la Iglesia católica: podrían convocarse sínodos ordinarios, extraordinarios y "especiales", destinados estos últimos a estudiar problemas de las iglesias locales. En la convocatoria del Papa Wojtyła a los obispos holandeses —junio de 1979— se indicaba que serían tratados "los problemas teológicos y pastorales más importantes que se plantean en la Iglesia de los Países Bajos".

En realidad, una decisión tan importante era esperada desde que en diciembre de 1978 y enero de 1979, el obispo de Roermond, monseñor Gijzen, se enfrentara públicamente no sólo con el episcopado de su país, sino incluso con el Gobierno y Parlamento holandeses. De poco habían servido una serie de reuniones del cardenal Willebrands, presidente de la Conferencia Episcopal, con el Papa Wojtyła, en las que intentó complementar la "información" que sobre la Iglesia holandesa había facilitado

al Pontífice el obispo Gijzen durante el mes de noviembre. Se llegó incluso a un almuerzo de trabajo al que, con el Papa y Willebrands, fue invitado Gijzen. Todo parecía frenado por el momento, y pendiente de la convocatoria urgente que Willebrands debía hacer para una reunión extraordinaria del episcopado holandés, en la que se intentaría por todos los medios "recomponer la unidad episcopal". Pero Gijzen, antes de que el cardenal tuviera tiempo de convocar a los obispos, se salta con unas polémicas manifestaciones en el semanario "Elsevier Magazine":



A la izquierda, monseñor Simonis, obispo de Rotterdam; a la derecha, el cardenal Willebrands, arzobispo de Utrecht y presidente de la Conferencia Episcopal Holandesa.

"El Papa debe intervenir...". ¿Por qué? Porque —contestaba el obispo Gijzen— sus compañeros en el episcopado andaban "faltos de autoridad", y los delegados de la Concertación pastoral habían "casi perdido la fe", y porque además los obispos holandeses, con su silencio en torno al proyecto de Ley del aborto, elaborado por un Gabinete con mayoría cristiano demócrata, daban luz verde al aborto en Holanda.

Tan llamativa toma de postura encuentra a Willebrands todavía en Roma: "No es caso de que intervenga el Papa de manera autoritaria en nuestra provincia eclesial, he recibido seguridad de esto en los dos encuentros con el Santo Padre"... Todavía pudo reunirse con el Papa, y con el obispo Simonis, colega ideológico de Gijzen: "Cada uno habló

con el corazón abierto, sin coacción". Pero las manifestaciones del obispo de Roermond constituyeron para el cardenal "una sorpresa y una decepción". Decidió entonces proponer a Juan Pablo II la idea de este "sínodo especial", que copresidirá con el propio Willebrands el nuevo primado de Bruselas-Malinas y sucesor del cardenal Suenens, monseñor Daneels.

Las reacciones civiles ante el cantonalismo de Gijzen tampoco se hicieron esperar. El primer ministro, Dries van Agt, católico convencido, declaraba: "En un país democrático y pluralista, un



audiencia, Gijzen regresó a Holanda con un cáliz, regalo de Wojtyła, para su seminario diocesano de Rolduc, el único —en opinión del polémico obispo— que imparte enseñanzas "según las normas de Roma".

El obispo Gijzen

Impuesto por un Pablo VI mal aconsejado, desde su nombramiento para la sede episcopal de Roermond, monseñor Gijzen, especie de Guerra Campos holandés, no ha cesado de actuar abiertamente en contra de la Conferencia Episcopal de los Países Bajos, primero cuando la presidía el cardenal Alfrink, y ahora, que la dirige Willebrands. Willebrands tuvo que ser trasladado desde la Curia romana, donde se ocupaba del ecumenismo, a Utrecht como solución de emergencia al "síndrome Gijzen" que afectaba a la opinión pública holandesa, convencida de que Roma pretendía frenar el avance de su Iglesia mediante la instalación del obispo ultra de Roermond en la sede primada del país. Cuando en el verano de 1975 dimitió Alfrink, Gijzen pronunció una alarmista conferencia sobre la situación del catolicismo holandés con la esperanza de influir en Roma. Por entonces había creado ya su propio seminario integrista, más parecido al del cismático Lefèbvre, en Ecône (Suiza), que al delineado por el Vaticano II y había retirado a sus seminaristas de la Facultades teológicas promovidas por el episcopado. Después denegó la aportación de su diócesis al fondo económico del Consejo Nacional de las Iglesias por estimar que politizaba las ayudas que distribuía —algunas cantidades fueron a las guerrillas en África del Sur—, y se negó a asistir a las asambleas de la Concertación Pastoral, organismo creado para coordinar la aplicación de las decisiones del Concilio Pastoral, porque opinaba que se oponía a las orientaciones de Roma. Dejó de asistir también a las reuniones de la Conferencia Episcopal, por el mismo tiempo en que el obispo español de Cuenca, Guerra Campos, se automarginaba aquí de las asambleas episcopales. Cuando en diciembre de



El ultraconservador obispo de Roermond, Jan Gijzen, abrazado por Pablo VI.

1978, el episcopado holandés redactaba su pastoral conjunta contra el aborto, Gijzen se adelantó en una entrevista televisada y condenó tajantemente el proyecto del Gobierno cristiano-demócrata-liberal, llegando a exigir un cambio de Gabinete y amenazando a los parlamentarios que votaran favorablemente "por muy católicos que fueran". Tuvieron que surgir las voces de los obispos más progresistas, monseñor Zwartkruis, de Haarlem, y Bluysen, de Bois-le-Duc, en defensa de la "actuación en conciencia" de los parlamentarios, y en apoyo de sacerdotes y fieles que andaban comprometidos en una pastoral de los homosexuales, otro sector anatematizado por Gijzen en sus polémicas manifestaciones.

Eran estos los amargos frutos de la imposición de Gijzen en la sede episcopal de Roermond, acción en la que tanto trabajó un "duro" de la diplomacia vaticana, como es Angelo Felici, entonces nuncio en Holanda.

El episcopado holandés

La provincia eclesiástica católica de los Países Bajos comprende un arzobispado, el de Utrecht, regido por el cardenal Jean Willebrands, y seis obispados: Den Bosch (monseñor Bluysen), Breda (monseñor Ernst), Groninga (monseñor Möller), Haarlem (monseñor Zwartkruis), Roermond (monseñor Gijzen) y Rot-

terdam (monseñor Simonis). De una población de catorce millones, el 40 por 100 son católicos, y el 38 por 100, de confesión protestante.

En julio de 1976, el cardenal Alfrink presentaba ante Pablo VI su dimisión como arzobispo de Utrecht, que conllevaba la de la presidencia de los obispos holandeses. El Consejo Pastoral de la diócesis se adelantó a cualquier decisión romana presentando un "perfil" del sucesor, adaptado a los problemas pendientes de solución, y la opinión pública católica adoptó una actitud expectante, mezcla de temor y aprehensión, pues se temía que Roma transfiriera a Utrecht a uno de los dos obispos conservadores, Simonis o Gijzen. La oposición a éste era tal, que el catolicismo holandés quedó afectado por lo que se denominó el "síndrome Gijzen". Willebrands, en cambio, fue muy bien acogido. En aquel momento, el episcopado holandés se dividía en tres tendencias: Simonis y Gijzen a la derecha, una derecha más bien ultra; un centro moderador, representado por Zwartkruis y Möller, y un ala progresista con Ernst y Bluysen. Este último había tenido sus problemas con Roma en 1968, cuando autorizó el matrimonio de un sacerdote antes de que llegara el permiso pertinente de la Curia vaticana (cabe recordar aquí el caso de Córdoba, doce años después) y cuando ordenó a un pastor protestante sin conferirle primero el diaconado. En similar situación se encontró el obispo de

Haarlem, cuando el capellán de la parroquia universitaria de Amsterdam se autorreincorporó a sus tareas pastorales, tras haber contraído matrimonio, y el obispo se abstuvo de tomar postura en contra porque —dijo— "tenemos la obligación de abrir ventanas y puertas, como pedía el Papa Juan XXIII". Como parachoques a cuanto supuso en Holanda el Concilio Pastoral, entre 1965 y 1970, en contra de la opinión católica previamente consultada, Roma designó a los dos obispos conservadores, para equilibrar la tendencia general del episcopado y, más aún, de la Iglesia local holandesa: Gijzen fue situado en Roermond, diócesis que se corresponde a la provincia de Limbourg, la región más católica del país. Desde su nombramiento en enero de 1972 procedió a situar a sacerdotes "seguros" al frente de todos los movimientos diocesanos, creó su propio seminario, mientras denunciaba constantemente, sobre todo ante Roma, la enseñanza que se dispensaba en la Escuela Superior de Teología de Haarlem, dependiente del episcopado (una especie de Universidad pontificia de Salamanca). Aparte de Haarlem, hay otras cuatro Escuelas Superiores de Teología, totalmente subvencionadas por el Estado, que cuentan con un millar de alumnos, hombres y mujeres de toda edad, de los que entre diez y veinte se ordenan cada año como sacerdotes. En la de Nimega enseña el famoso dominico padre Schillebeeckx, recientemente llamado al orden por Roma, que junto con personalidades como Bluysen y el cardenal Alfrink han estado en la base de la llamada "revolución francesa" del catolicismo de los Países Bajos. La herencia que Alfrink dejó a Willebrands no es nada cómoda. Baste recordar lo sucedido durante las jornadas de la "consulta pastoral nacional", 27-29 de octubre de 1978, en Noordwijkerhout: por decisión mayoritaria se aprobó que la Iglesia considerara la admisión al ministerio sacerdotal de mujeres y de hombres casados y que pudieran ser mantenidos en la pastoral los sacerdotes casados. El 28 por la tarde, el cardenal Willebrands, ante la delegación diocesana de Utrecht se comprometía para intervenir ante el Papa en favor de tales mociones. Pero el 29, por la mañana, intervino ante la asamblea plenaria para anunciar que no podía llevar adelante su compromiso, porque tales mociones "contrariaban enseñanzas de la tradición".

Una década de cambio

Los años setenta han supuesto una década de cambios profundos y rápidos para los católicos holandeses, que han visto el retiro del cardenal Alfrink y la llegada al poder de un joven político católico, Van Agt, apoyado en una coalición de partidos protestantes y católicos (la llamada Alianza Demócrata Cristiana, CDA), el rápido crecimiento de la población católica por mayor tasa de natalidad coincidente con una dramática pérdida de votantes para el partido católico (KVP), mientras la Confederación de los Sindicatos Católicos (NKV) se fusionaba con la Confederación General de Sindicatos, de obediencia socialista, para dar una nueva central obrera más laica, la FNV. Y todo ello, dentro de un fenómeno secularizador, que en Holanda se denominaba "descolonización", y que no es otra cosa que la pérdida de influencia social por parte de las Iglesias, que hasta no hace mucho controlaban la misma vida política. En el plano intraeclesial, el "aggiornamento" del Vaticano II se implanta en Holanda con una rapidez que causa asombro. Su expresión máxima es la fiesta de la emancipación seglar; el Concilio Pastoral y su "libro rojo", el catecismo holandés, que tantas suspicacias suscita en Roma por sus posiciones sobre el matrimonio, el celibato, la ordenación de mujeres, la formación sacerdotal, el ecumenismo, la participación de las bases en la elección de los obispos, etcétera. Y Roma corta: el Concilio Pastoral no puede continuar, en la unanimidad del episcopado holandés se introduce la cuña Gijzen-Simonis, las denuncias contra Alfrink y las calumnias contra el catolicismo de los Países Bajos encuentran oídos en ciertos dicasterios romanos. La desmoralización cunde entre los dirigentes del Concilio Pastoral y unos pasan a la acción política o sindical, mientras otros se unen a lo que ahora se llama el "ecumenismo de izquierdas" o los "grupos cristianos de acción", que encuentran acogida en la filosofía que mueve al Consejo Neerlandés de las Iglesias, del que forman parte once confesiones cristianas. En abril próximo concluirán dos años de reuniones en torno a este objetivo final: "Unir a todos los que buscan, más allá de las fronteras confesionales, para mejor definir las responsabilidades cristianas en la sociedad actual". La institución eclesial, para este sector, queda lejos. ■